

Por la estrecha afinidad de la civilización de Cuenca con las primeras conocidas del Perú, protonazca y protochium, fué posible, ahora, probar, hasta la evidencia el origen mayoide centroamericano también de estas peruanas. (Pág. 36-37.)

Este descubrimiento fundamental de Uhle ya le señalaría a él una gloria inmortal entre los americanistas. Pero sus investigaciones han solucionado, además, un problema esencial de la arqueología mexicana. Como es sabido, la mayoría de los americanistas atribuía hasta ahora especial importancia a la cultura tolteca en el desarrollo de las culturas mexicanas. Uhle ha podido comprobar, ahora, al contemplar aquellas culturas bajo el aspecto sudamericano, que tal opinión es errónea.

El sistema genealógico atribuido antes a las civilizaciones mexicanas en general—dice al respecto—no estaba, hasta el último tiempo, de acuerdo con la derivación de las primeras civilizaciones sudamericanas con las mexicanas. Por eso mexicanistas prominentes se habían, también, negado siempre a aceptarla. Mas ahora esta derivación es evidente; sólo el sistema aceptado de las civilizaciones mexicanas no estaba con ella de acuerdo. En este sistema se había dado a la civilización de Cerro Montoso, descubierto por Strebel, como a todas las mayoideas, menor importancia y una posición más nueva. Otro estudio tuvo, por eso, que emprenderse para comprobar aquellas diferencias de conceptos, y esto dió por resultado el trastorno del sistema antes aceptado, el destrocamiento de la civilización de los toltecas que antes habían estado en el centro del desarrollo, y la elevación de las mayoideas en su lugar, como primeras centroamericanas, de las que se habían derivado también

todas las mexicanas posteriores a la puramente arcaicas.

De esta manera—continúa Uhle—el descubrimiento de una civilización cuatoriana se ha transformado en piedra angular para la reforma de todo el sistema de las civilizaciones americanas aceptado antes, y es dudoso si tan importante reforma se habría realizado tan temprano, y de otra manera, sin las condiciones de las civilizaciones ecuatorianas, especialmente favorables a investigaciones de este sentido.

Carlos Keller R.

CIENCIAS SOCIALES

EL OCASO DE UN RÉGIMEN, por *Luis Araquistain*.

Desde la dirección del semanario *España*, Luis Araquistain manifestó su temperamento vigoroso y su radicalismo, frente al problema político, combatiendo todo aquello que comunicaba odiosos aspectos de cosa caduca a la vida social española. Anteriormente, se había pronunciado en favor de la causa de los aliados, durante la gran guerra, dando pruebas de su tendencia hacia lo universal y demostrando, al lado de Unamuno, sus excepcionales dotes de polemista.

Sus numerosos libros evidencian estas y otras cualidades sobresalientes. El último de ellos, intitulado *El ocaso de un régimen* (1), contribuye a precisar el perfil de su personalidad. Por él podemos apreciar el valor de sus actitudes anteriores y justipre-

(1) Edit. España. Madrid, 1930.

ciar su literatura tendenciosa, ya que nos revela el espíritu de estudio, la investigación concienzuda, el análisis desapasionado a que se entrega este escritor, antes de manifestar sus opiniones en materia política, sin dejarse arrastrar por las brillantes apariencias de algunos conceptos que han logrado divulgación en esta época declamatoria. El autor otorga al problema español sus naturales proporciones; no le atribuye trascendencia cósmica, no olvida el rol que cabe a su patria en el concierto de las naciones europeas; se sitúa en el justo medio. Y esto no puede ser más que resultante de esa contemplación del mundo, de esa apreciación de los problemas con criterio de totalidad a que nos hemos referido y que han colocado a Araquistain en más de un trance difícil, en un país donde impera el individualismo y donde todo se resuelve con el criterio simplista de las cuestiones lugareñas.

El libro que comentamos puede ser dividido en tres partes; la primera, en que se estudian los elementos raciales, el medio, los individuos, las circunstancias en que actúan las ideas; la segunda, en donde se aprecian méritos y deficiencias de los sistemas que hasta hoy han sido preconizados como remedios infalibles para dichos males; y la tercera, en que el autor deduce consecuencias de ese análisis, postula y propicia reformas, enérgicos movimientos que, a su entender, contribuirán esencialmente a hacer revivir las grandezas del pasado y a salvar la crisis española en forma definitiva.

Pocas veces será superado Araquistain en la maestría con que in-

terpreta los elementos sociales de su patria y señala las razones de índole psicológica que determinan las desgracias políticas de España. La despiadada claridad con que se refiere a los vicios y defectos, a la insuficiencia y a la estrechez de puntos de vista que asisten a sus connacionales, el tranquilo e impertinente desembozo con que insiste en ello, revelando los males que han logrado generalizarse, hacen recordar a Fíguro, el Fíguro de los artículos costumbristas, intransigente para con los espíritus pequeños y los temperamentos domésticos, grande, misericordioso y humanitario, siempre deseoso de un bien mejor para la colectividad.

Los capítulos consagrados a Costa, al separatismo y las teorías republicanas, preconizados con tanta insistencia en la península, el concienzudo examen de todas las posibilidades de solución que hasta ahora han sido formuladas, demuestran el gran acopio de antecedentes que ha asistido al autor y el desapasionamiento de éste.

En cuanto a la tercera parte, aquella en que se manifiesta abiertamente la tendencia radical socialista de Araquistain, podemos decir que originará muchas diferencias y es susceptible de ser apreciada de muy distinto modo. A muchos asustarán las aficiones soviéticas; otros tantos discutirán sus conveniencias; y todos verán en ellas la influencia de los sistemas adoptados por el México revolucionario, que el autor visitó no hace mucho y acerca del cual escribió un libro en el que manifiesta su admiración por los procedimientos

políticos e internacionales introducidos por la revolución mexicana. Sea como fuere, siempre quedará en pie una afirmación trascendental: España necesita de una revolución; o mejor dicho, España necesita de *la revolución*. Es imprescindible, urgentemente imprescindible que un choque mecánico, recio y profundo, llegue allí a sacudir las conciencias, a trastornarlo todo, a hacer imposible los conceptos y prácticas actuales, a ensanchar el campo de visión de los españoles, para que la *Madre Patria* recobre su categoría de nación, perdiendo su mezquina característica familiar.

La máxima cualidad de este libro, literariamente hablando, reside en la facilidad con que está escrito, la sen-

cillez con que penetra en el ánimo del lector, la amenidad con que se refiere a tan trascendentales problemas, despojándolos de apariencias graves y ceñudas, sin que por ello pierdan relieve ni aparezcan sirviendo un diletantismo insuficiente. En él se revela la solidez del radicalismo que profesa Araquistain, su penetración, la justeza con que valoriza los elementos de la crisis española y el medio sobre el cual actúan. Y confirma, una vez más, las extraordinarias condiciones periodísticas del autor, con las cuales da relieve personalísimo al tema, y su calidad de escritor nato, cuya frase, armónica y graciosa, fluye naturalmente de los puntos de la pluma.—*F. Ortúzar Vial.*